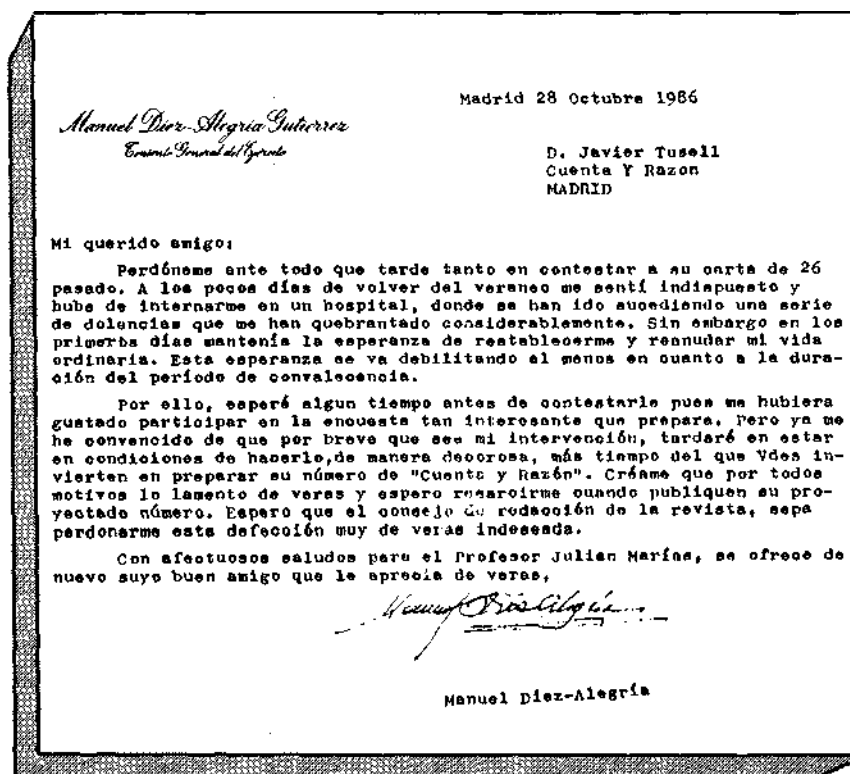


Introducción

Como se dice en *d* preámbulo del presente número de «CUENTA Y RAZÓN», la cuestión central acerca de lo que se trata en él es el liberalismo. Nos ha parecido que completáramos adecuadamente el contenido del mismo preguntando a una serie de personalidades españolas de distintos ámbitos (la universidad, la cultura, los medios empresariales y profesionales) qué piensan acerca del liberalismo como tradición intelectual española y cuál puede ser su vigencia en el momento presente. Las preguntas han sido siempre las mismas; en el contraste de las respuestas el lector encontrará motivos para la reflexión propia.

Entre las respuestas que recibimos figuraba una del teniente general Díez Alegría. Era cordial pero no quería responder a nuestra encuesta por su mal estado de salud. Por desgracia ahora ya no está con nosotros. Nos parece una forma de honrar la memoria de quien fue ejemplo de militar, caballero y liberal, iniciar la encuesta con las líneas que nos remitió.

J. T.



Cuestionario

1. ¿Existe verdaderamente una tradición liberal en España en lo que respecta al mundo intelectual?

2. ¿Cuál sería la vigencia actual y las responsabilidades de esta tradición intelectual liberal, en su caso?

**Manuel
Blanco Tobío**

(Escritor)

JL« Por supuesto que existe una tradición liberal en España, y especialmente entre los intelectuales, desde los constitucionalistas de Cádiz hasta nuestros días. Los liberales españoles han representado en nuestro país la reforma, el progresismo, el regeneracionismo, con uno u otro nombre y la modernización, como también lo europeo.

2

Las responsabilidades de esa tradición liberal están en la crítica del poder reaccionario, por un lado, y revolucionario, por otro, que parecen dispuestos a turnarse de nuevo, y en gobernar. En el mundo occidental existe una demanda de liberalismo o neo-liberalismo, como una salida del fracaso de la derecha y de la izquierda tradicionales.

Esa demanda comienza a perfilarse en España.

Emilio

(Arzobispo)

JL s Entiendo liberal en el más noble sentido de la palabra. Como magnanimidad, comprensión, tolerancia.

Así, la libertad parece ser una característica del mundo intelectual español de siempre. Con ocasionales y lamentables excepciones condicionadas por dos hechos: cuando le afectan los enfrentamientos políticos llevados al paroxismo y hasta la crueldad por los fanáticos y cuando falta auténtica vocación intelectual en algunos que se tienen por intelectuales sin serlo.

Creo que actualmente, no sólo en el mundo intelectual sino en la

inmensa mayoría del pueblo, predomina el talante pacífico poco amigo de exageraciones ni de extremismos.

Por tanto, la responsabilidad del mundo intelectual me parece hoy la de consolidar e iluminar ese amor a la convivencia en el respeto mutuo, quitando razones o pretextos al fanatismo.

Además le corresponde una misión positiva. Ha de apoyar a cuantos levanten esperanzas y promoverlas. Y tiene que reafirmar y descubrir los ideales que son necesarios para vivir con dignidad y alegría de corazón.

Lóp

(Ingeniero Industrial)

JL a Creo que en España ha existido siempre una gran tradición liberal en el mundo intelectual. El intelectual, el verdadero

intelectual, por su formación humanística y científica, concede una exaltada y trascendente importancia a los valores humanos y, por consiguiente, a la libertad personal como modo de desarrollarlos y llevarlos a su realización.

2

Quizá nunca, como en el mundo actual en que vivimos, dentro del torbellino de los enormes avances científicos, técnicos, económicos y sociales, que están transformando vertiginosamente los modos de vivir y convivir y con el tremendo confusionismo que se origina, es el intelectual, con sus conocimientos, con su reflexión y con su más amplia visión, quien puede y debe distinguir y establecer una más verdadera escala de valores dentro de esa confusión reinante.

Para mí la responsabilidad intelectual liberal en este momento es ser paradigma por su comportamiento, orientando sobre lo que hay que salvar o desechar en la sociedad actual de este torrente de nuevos hechos y nuevas ideas.

Alvaro Delgado

(Pintor)

J. • No creo que exista ninguna tradición liberal continua en el mundo intelectual español. Sí creo

que hay intelectuales de ese talante en la cultura española.

Creo que sería importante, que nos permitiría integrarnos en una de las formas más completas y vigorosas del pensamiento europeo. También más actual, que facilitaría el entendimiento deseable y necesario en una sociedad como la nuestra tan carente de normas convivenciales plenas de diálogo, cambio y de conocimientos intelectuales matizados. Ello nos acercaría a esa libertad de la que tanto se habla y de la que tan necesitados estamos.

Miguel Delibes

(Escritor)

Sentirse liberal es un sentimiento inefable y, en consecuencia, toda pretensión de definir o encuadrar este sentimiento es ya ponerle vallas, limitarlo. El liberalismo es más que una ideología.

José M.^a Figueras

(Empresario)

A • Existe una tradición liberal en España, aunque ésta no presente rasgos uniformes en todo el Estado. Así, en Cataluña, una

sociedad avanzada de tipo burgués ha posibilitado la existencia de un grado elevado de liberalismo, no sólo entre los intelectuales —V. Almirall, A. Rovira i Virgili, Josep Pía o Salvador Espriú serían un buen ejemplo—, sino también en el contexto social. En el resto de España, en cambio, una sociedad agraria en la que hizo mella el conservadurismo, el tradicionalismo y el integrismo, opuso fuerte resistencia a las ideas de progreso de una minoría laica, partidaria de la tolerancia y preocupada por la libertad, y llevó al fracaso la mayor parte de intentos de política liberal.

Los republicanos contaron con sectores intelectuales de altura (G. de Azcárate, Giner de los Ríos, M. Azaña, A. Machado) y la obra de la Institución Libre de Enseñanza fue, en este sentido, ejemplar. Mas todos los intentos de política liberal se vieron frustrados (Cortes de Cádiz, Riego, Revolución de 1868, II República), quizá, precisamente, por la carencia de un sentimiento liberal fuerte arraigado en la sociedad, que proporcionara el soporte necesario a las fuerzas políticas innovadoras.

Si Gran Bretaña ha sido considerada siempre como la cuna del liberalismo, y la correlación de fuerzas políticas, en este sentido, es totalmente ejemplar, por desgracia no puede decirse lo mismo de un

como España, en el que la Inquisición estuvo vigente hasta el siglo XIX.

Ada Como dijo el eminente poeta Salvador Espríu: «Penseu que el mirall de la veritat s'esmicolá a l'origen en fragments petítissims, i cada un deis trossos recull tanmateix una engruna d'auténtica llum» (Pensad que desde su origen el espejo de la verdad quedó hecho añicos, reducido a fragmentos pequeñísimos, y, sin embargo, cada uno de los trozos posee una pizca de autentica luz). Todos tenemos la verdad —y no la tenemos—, por ello creo que la actitud más positiva es la tolerancia, el diálogo; nunca la supresión.

Por otra parte, ya escribí hace algunos años: «En un mundo que empieza a ofrecer rasgos parecidos a los que pintan los utopistas de nuestra época —Huxley, Orwell— queda mucho margen para las ideas liberales, para un liberalismo que insista, sobre todo, en los principios morales de respeto al individuo y amor a la libertad.»

En igual sentido se expresaba, hace poco, Hugo E. Bidgini: «Si bien el liberalismo parece que haya perdido vigencia como forma institucional y como partido capaz de atraer las masas, puede reverdecer bajo otras manifestaciones ideológicas,

ya que se presenta como el medio más eficaz de lucha contra una burocracia absorbente y una opresión estatista desmesurada.»

El liberalismo es no sólo una actitud ética y moral irreprochable; es, también, un arma importante que debe tenerse muy en cuenta contra el abuso del poder.

Diego Figuera

(Catedrático de Patología Quirúrgica)

A e Sin duda alguna. La esencia del liberalismo es la defensa del individuo como tal, frente a la intervención de un Esíado omnipotente, que trata de imponer criterios dogmáticos y uniformes en materias tan privadas como la educación de los hijos, la religión, el arte y la producción intelectual. En España la mayoría de los intelectuales han defendido siempre, incluso en las épocas más adversas, una actitud y una postura liberal, aunque no lo hayan hecho bajo esta denominación. La gestión de los partidos de este nombre no siempre ha sido afortunada, por lo que creo que es mucho más fácil difundir su esencia que conseguir adeptos bajo esa denominación parti-

distas, que ha sido demasiadas veces vilipendiada. Habría que difundir entre los jóvenes esta doctrina con un nombre atractivo y adecuado.

2

Yo siempre defenderé una actitud liberal, entendiendo como tal el respeto a la individualidad; la limitación del poder del Estado; el respeto a la propiedad individual, tanto del trabajo como de los bienes derivados del mismo; el mercado libre; el fomento y respeto a la iniciativa personal frente a las iniciativas planificadas y el fomento de todo lo que suponga limitar los poderes del Estado, que no debe hacer por los individuos lo que los individuos pueden hacer por ellos mismos.

Los detractores de la actitud liberal, tanto en el extremo totalitario como en el socializante, han acusado al liberalismo de abusos en la distribución de la riqueza, de fomentar la desigualdad entre las clases sociales, de irracionalidad en la producción y de tiranía de los medios que la realizan. Todo esto, que puede ser verdad en algunos casos, puede ser hoy combatido por medio de los Servicios Sociales, los Sindicatos, las Asociaciones Profesionales, los impuestos y la difusión de la cultura sin alterar la esencia liberal.

Hay que tener presente que los abusos los comete

también el Estado y en mayores proporciones.

La Constitución Americana y la Declaración Francesa sobre los Derechos del Hombre son exponentes de actitudes liberales, y se ha dicho en - diferentes ocasiones que «el mejor gobierno es el que trate de gobernar menos».

Santiago Foncillas

(Empresario)

X « Para responder adecuadamente hay que preguntarse, como hacía Marañón en sus «Ensayos liberales», qué entendemos por liberalismo. En mi opinión, hoy el liberalismo es más universal y pluralista que una ideología política y menos preciso y riguroso que una doctrina filosófica. Es un sistema de pensamiento, producto de siglos de desarrollo y de actitudes y respuestas ampliamente compartidas por el mundo de hoy que se puede identificar con la valoración de la libre expresión de la **personalidad individual**, con la creencia en la capacidad del hombre para hacer que esa expresión **sea valiosa** para el hombre y para la sociedad y con el mantenimiento de aquellas **instituciones y prácticas** que protegen la libre expresión y la confianza en esa libertad.

Así entendido, pienso que el liberalismo tiene una profunda raigambre en los intelectuales españoles, que acuñaron antes que nadie el término liberal, del que después se apropiaron nuestros políticos para defender la versión española de la Constitución francesa.

Salvo contadas excepciones podemos afirmar que el talante liberal está profundamente enraizado en el patrimonio intelectual español de los últimos siglos y se manifiesta con toda brillantez en la clase intelectual de nuestros días, desde Unamuno a Ortega, pasando por Machado o Madariaga.

¿¿* En mi opinión, la clase intelectual española de nuestros días, que es predominantemente liberal, como se comprueba al repasar los nombres de los más ilustres miembros de las diferentes Reales Academias, tiene la gran responsabilidad de articular las respuestas sociales en clave liberal a la natural tendencia de nuestra clase política de conformar nuestra sociedad según sus ideologías.

La abrumadora presencia de estas ideologías está silenciando y asfixiando las formas espontáneas de manifestación de los ideales que la sociedad necesita. Hoy el hombre no es sólo un individuo en la sociedad, sino, además, y sobre todo, una persona

con una necesidad constante de autoexpresión y realización.

Este mensaje corresponde de manifestarlo y difundirlo a los intelectuales, desde la autoridad moral que les da su prestigio y, sobre todo, su independencia.

Esta es su gran responsabilidad y una de sus más notables misiones.

Miguel Fisac

(Arquitecto)

J.« Más que una verdadera tradición liberal en España, yo diría que hay una concatenación del espíritu liberal en los intelectuales que prefieren ser protagonistas en la marcha de la historia, adelantando el pie en el aire (en libertad) a asentarlo y conservar la seguridad del equilibrio de su cuerpo.

¿¿9 En la «Declaración Universal de Derechos Humanos» (10-XII-48), tan cacareada como incumplida por todos, creo que está hoy la cantera inagotable de donde se pueden extraer todas las esencias de un auténtico liberalismo con proyección de futuro.

Santiago Grisolía

(Doctor en Medicina
y Catedrático Honorario
por la Universidad
de Valencia)

JL e Creo que sí, pero se ha evidenciado con poca fuerza en los momentos más críticos. Ha estado mucho a la defensiva, y ha tenido poca repercusión a nivel popular.

- Pienso que, a pesar de muchos comentarios afirmativos, está bastante dormida y es temerosa, y que debería, cuanto menos, subsistir e intentar extenderse, no sólo recordando casos del pasado, sino a través del ejemplo personal de los intelectuales actuales.

Mario Hernández Sánchez-Barba

(Catedrático de Historia
Contemporánea
de América)

JL 9 Pese a lo recargado del concepto y la considerable inseguridad que supone una contestación, yo creo que sí y que, intelec-

tualmente, esta tradición española se constituye y define con la modernidad del pensamiento respecto a la novedad que supuso América.

Enorme en el campo de la convivencia política por la considerable extensión que actualmente tiene «el riesgo de la libertad» y la considerable supervaloración que actualmente se da a la libertad individual. En cuanto a la responsabilidad de esta tradición intelectual liberal, radica en la preeminencia y originalidad del pensamiento político español tradicional, tan desconocido actualmente.

Antonio Lámela

(Arquitecto)

A • Sí, sin duda. El liberalismo, que más que una ideología es una actitud en la convivencia social, está más instaurado y generalizado en el mundo «intelectual», ya que al liberalismo se llega, sobre todo, a través de la inteligencia y de la madurez, que suelen ser condición y estado más dados en el mundo «intelectual». Y España no puede ser una excepción en este particular, aunque en ella se da en grado menor tal circunstancia.

Entrecomillo «intelectual» porque, en mi opinión, el concepto «intelectual» se suele aplicar con un criterio excesivamente restrictivo y elitista, que no comparto, por no parecerme justo.

JL* Esa tradición no sólo es vigente en estos momentos, sino que está teóricamente revitalizada, aunque se puede quebrar rápidamente, o al menos desviarse, ante la progresiva y fuerte radicalización del ambiente político, con sus evidentes consecuencias sociales. Dicho ambiente puede llegar a ser un obstáculo para la actitud liberal.

En cualquier caso toda postura y movimiento humano es dependiente, limitado y condicionado por la misma organización social. Es decir, el liberalismo es un límite móvil, según tiempos y circunstancias, con una fuerte dosis de utopía y voluntarismo.

Gregorio Marañón

(Embajador de España)

J_ • En lo que respecta al mundo intelectual español, ha existido y existe una tradición liberal evidente. Profunda y verda-

En mis tiempos universitarios tuve una apasionada amistad con don Miguel de Unamuno. Le veía mucho y viajé con él por los pueblos y sierras de nuestra España. Tengo anotadas estas palabras que me dijo una vez, por cierto, en Oropesa: «Para estar seguros de que un espíritu liberal lo ha sido en verdad, y no por mero rótulo, hay una señal infalible: que de los dos lados de nuestro camino nos hayan llamado traidores.»

En el libro «Ensayos liberales», del doctor Marañón, se leen estas palabras: «Ser liberal es, precisamente, estas dos cosas: primero, estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo, y, segundo, no admitir jamás que el fin justifica los medios, sino que son los medios los que justifican el fin. El liberalismo es, pues, una conducta y, por tanto, es mucho más que una política. Y como tal conducta no requiere profesión de fe, sino ejercerla de modo natural, sin exhibirla ni ostentarla. Se debe ser liberal sin darse cuenta, como se es limpio, o como, por instinto, nos resistimos a mentir.»

A49 La responsabilidad de los intelectuales liberales de hoy es sencilla: que lo sepan ser y que no lo oculten debajo de la almohada. El liberalismo hay que llevarlo como una antorcha encendida

que nos guíe por los caminos de la vida.

Víctor Mendoza

(Director general
del Instituto de Estudios
Económicos)

JL « Para la primera pregunta, en los términos en que está planteada, la respuesta es un claro sí.

Siempre ha habido, en efecto, en España, una corriente de **pensamiento** que, incluso durante los períodos de más cerrado absolutismo, ha mantenido la tesis de que los individuos tienen derechos previos a la injerencia del Estado, derechos que ningún poder humano puede ignorar o preterir. Puede haber fluctuaciones a la hora de decidir el campo de aplicación de estos derechos en el que está vedada la intervención del poder público. De todas formas, esta corriente siempre ha enumerado entre tales derechos las distintas expresiones del principio de libertad, la propiedad privada y, con notable constancia, la entonces denominada «libertad de comercio», que entronca con la «libertad de empresa» sancionada hoy por nuestra Constitución.

Esta corriente de pensamiento se nutre de varias fuentes. En una pri-

mera etapa —que, **grosso modo**, puede hacerse coincidir cronológicamente con el dominio de la casa de Austria— vive de la herencia de la teología escolástica medieval, firmemente convencida de que el hombre, en cuanto imagen y semejanza de Dios, está dotado de libertad. Y la libertad es previa a la ley, al Estado, a lo «público»: más aún, sin libertad no tiene sentido promulgar leyes.

e Respecto a la segunda pregunta, aventuraría esta respuesta: la responsabilidad actual de esta tradición liberal consiste en eliminar los obstáculos que han impedido la implantación práctica de los postulados teóricos del liberalismo.

En todos los países europeos se registró, a partir de finales de la segunda guerra mundial, una ampliación del sector público, que ha convertido al Estado en un ente «obeso». En España el fenómeno se agravó por la presencia, durante cuarenta años, de un régimen autoritario que, por definición, cercenaba las libertades.

La creencia en la capacidad de este Estado para solucionar los problemas de nuestra sociedad está tocando fondo. Se impone una dieta de adelgazamiento estatal. Parece llegado el momento de las soluciones liberales, las que

otorgan más protagonismo a la iniciativa privada.

El reto liberal de hoy consiste, por tanto, en la necesidad de crear climas socio-políticos y económicos favorables al nacimiento, fortalecimiento y expansión de la iniciativa privada, como alternativa a un sector público de reacciones torpes y lentas ante las necesidades rápidamente cambiantes de la moderna sociedad pluralista y compleja.

Paralelamente a esta concepción discurre también la idea de que el origen del poder está en el pueblo. En el Siglo de Oro esta doctrina fue ampliamente compartida por los grandes teólogos (Victoria: La legitimidad del poder real depende del consentimiento de los ciudadanos; Fernando Vázquez de Menchaca: El poder pertenece al pueblo; Diego de Covarrubias y Ley va: El ejercicio del poder político está condicionado por los derechos del pueblo; Suárez: Nadie tiene derecho propio a mandar sobre los otros —contra la teoría del derecho divino de los reyes—, sino que es la comunidad la que transfiere el poder, y el soberano, incluso el legítimo, puede ser depuesto y hasta matado si se convierte en tirano).

Estas teorías se esparcieron por todos los campos de Europa de la mano de las obras de los teólo-

gos españoles o desde las cátedras regentadas por ellos.

En la etapa siguiente, bajo la Casa de Borbón, se registra una acentuación tanto teórica como práctica de las concepciones absolutistas. Aun así, el pensamiento liberal se mantiene vivo gracias en particular a los jesuitas, que prolongan la tradición suarista (se dice que una de las causas de la expulsión de los jesuitas de los dominios españoles fue, precisamente, la defensa de teorías opuestas al absolutismo borbónico).

Durante esta época, a la corriente de la tradición teológica se le añade una nueva vena de agua: la del pensamiento de los filósofos europeos (sobre todo franceses e ingleses), cuyos libros llegan a España a pesar de las dificultades y las trabas puestas para su importación.

Pueden citarse como partidarios más o menos claros de las teorías liberales a José M.^a Blanco White, Jovellanos, Feijoo, Gándara, Enrique Ramos, Ibáñez de Rentería... Tienen también ciertos aspectos liberales Campomanes, Floridablanca, Cabarrús, en cuanto influidos por el enciclopedismo francés.

A partir de 1808 y hasta nuestros días, la presencia de una corriente de **pensamiento liberal** es tan obvia que apenas es preciso documentarla (José Quin-

tana, Martínez de la Rosa, Agustín de Arguelles, Alberto Lista, Menéndez Valdés, nombres de una larga lista en la que sobresalen las figuras señeras de Giner, Unamuno, Ortega, Marañen y Madariaga, el pensador español liberal de mayor proyección europea en nuestros días).

Francisco Nieva

(Escritor)

A» Existe, indudablemente, una gran tradición liberal en la literatura española, que puede ir de Larra y Espronceda hasta Galdós. Pero presumo que ha tenido un gran prestigio convencional, literario, como el de una máscara obligada. En cierto modo ha sido coactiva de movimientos personales inéditos o avanzados. Hoy día cualquier escritor se reclama deudor de esa tradición liberal y el resultado general es ambiguo y no tiene fuerza arbitral para influir en la política.

2

Todo parece contestado en la primera respuesta, pero se puede ampliar. Si el ambiente intelectual se hace en España más responsable de la vida pública y las costumbres, puede usar del prestigio añadido por esa

tradición al mundo del pensamiento contemporáneo español.

Manuel Rivera

(Pintor)

A • Sí, hasta el punto que algunos, sin compromiso verdadero con la libertad, se autodenominan liberales sólo por la relación histórica de esta palabra con el mundo intelectual.

Pienso como artista que el arte es la máxima expresión humana de libertad. Esa es mi responsabilidad y mi riesgo.

Cristóbal Toral

(Pintor)

A • Creo que en España existe una tradición liberal no sólo a nivel intelectual, sino también en un sentido más amplio y profundo. La razón que me lleva a esta afirmación es la de que España es un país de artistas e intelectuales, y ello sólo puede darse cuando existen espíritus liberales y rebeldes que rompen con las ataduras del conformismo y

del sometimiento. Por otra parte, creo que el individualismo de los españoles tiene mucho que ver con su conducta liberal. Lo que ocurre es que ese liberalismo ha chocado con rigideces políticas y religiosas que han hecho difícil su desarrollo.

Actualmente tengo la impresión de que el liberalismo de algunos intelectuales españoles está algo adormecido. Porque el sometimiento, la docilidad, incluso el colaboracionismo, hace que la actitud de muchos intelectuales, afortunadamente no todos, se parezca más a la conducta dócil y oportunista de algunos políticos que al talante crítico y rebelde que siempre ha caracterizado la personalidad del intelectual. A este respecto quisiera matizar que si esa actitud circunstancialmente puede tener cierta justificación como estímulo o refuerzo a un régimen progresista, la continuidad en ese «relax» puede convertir al intelectual en otra cosa.

Ángel Vián

(Catedrático de Química Industrial, Economía y Proyectos)

A • El liberalismo es una idea, una ideología,

una ciencia política, pero en el plano intelectual al que he de referirme aquí tiene significados más profundos: Es una actitud y una conducta por las que resulta gozoso el uso de la libertad propia y predispone al individuo a la convivencia pacífica y respetuosa con los demás ejercientes de sus correspondientes libertades; es una ética sabedora de que son los medios y los modos los que justifican los fines, y no al revés; es la convicción paulina de que no pueden sembrarse males para que vengan bienes; es una postura mental que facilita penetrar en la verdad del contrario y hasta aplaudir su razón, si es el caso. A efectos sociales, pues, liberalismo equivale a buena educación, de ahí su compatibilidad con muchas ideologías y prácticas políticas.

Esa corriente liberal creo yo que existe de antiguo —¿de siempre?— en España. En cambio, como doctrina ha padecido numerosos eclipses ahogada por planteamientos viciosos —demagogia, anarquía— o destruida por el despotismo. Valgan como recuerdo, sin más comentario, el experimento de Cádiz, la aventura del General Riego, las experiencias republicanas I y II... No siempre han coincidido, en España, las libertades reales con las titulaciones políticas que las proclamaban. Y ano-

temos también, como curiosidad, que la línea de nuestro perfil científico presenta cierto paralelismo con la del sistema de libertades, que no por casualidad el pensamiento creador es fruto de la libertad intelectual noblemente ejercida.

2

• Ya he dicho que la actitud liberal mantiene su vigencia en nuestra sociedad y esto es bueno en sí porque atenúa mucho la extremosidad del ánimo español, más dado al fervor —de hervir— que a la reflexión. Las represiones de las épocas duras hubieran sido aún más lamentables si la liberalidad profunda de muchos hombres de todo signo no hubiera puesto generosamente en circulación tantos avales y otros medios de protección facilitados a veces hasta con heroísmo. ¡Bendita dualidad la del espíritu del español!

La responsabilidad de esta corriente o tradición liberal, ahora, aquí y en todo el mundo, está en acertar cómo ampliarse y defenderse cuando, a impulsos de una demografía y una tecnología galopantes, la gente se inclina a preferir la gasolina a la libertad, y los poderes públicos pueden sucumbir a la tentación de desconocer o de **hacer morir** a las libertades. Por la vía del ejemplo —ya he dicho antes sobre la primacía de los modos sobre los fines— deberá procurar impregnar a la sociedad de tal manera que jamás caiga ésta en el abandono; que la libertad es un menester de continua búsqueda de más libertad, tanta como la dignidad y la circunstancia permitan. Deberá también ser valerosa para enfrentarse a toda propuesta política que apuntando a un fin de presunta libertad utilice medios

equivocos encubridores de servidumbre.

La tradición liberal habrá, igualmente, de saber ejercer la «tercera plenitud» propuesta por el San Alberto Magno: la de la fuente, que crea, retiene y da, y acertar a exponer que la libertad es un difícil compromiso que tiene un sentido, un hacia qué, un para qué, y, sobre todo, un modo.

Y no cansarse de practicar el «hablar y enseñar, aunque no te oigan», como Unamuno hacía decir al maestro de Carrasqueda en charla con su discípulo Ramonete, «que las voces perdidas resucitarán un día y formarán un coro inmenso que lleve al infinito»...

En resumen: el futuro de la tradición liberal depende del valor y la valía de los que la sienten. Afirmación que gustosamente suscribiría Pero Grullo.